

José Enrique Covarrubias

Visión extranjera de México, 1840-1867

*1. El estudio de las costumbres
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

V. LUCIEN BIART

Existe un tercer autor francés residente en México cuya observación social amerita comentario: Lucien Biart. Frente a las inclinaciones positivistas de Fossey y providencialistas de Domenech, la comprensión social de Biart resalta por adoptar nociones sociológicas mucho más ambiguas. Quizá ningún lugar de la tierra podía infundir una visión más ajena a los paradigmas de la evolución social y del castigo providencial que las remotas regiones del sureste de México, donde la vida trashumante y el esplendor natural infunden la sensación de retorno a los orígenes. Particular fuerza cobra en Biart la experiencia de realidades eternas que ni el entusiasmo por el progreso ni la fe religiosa pueden ocultar.

No son muchos los datos biográficos de que disponemos sobre este autor, aunque los existentes¹ alcanzan a darnos los perfiles de su personalidad. Nació en Versalles en 1828. En 1846 se embarcó hacia México para encontrar aquí a un amigo de la familia, médico de profesión. Al poco tiempo de haber llegado, Lucien decidió estudiar medicina en Puebla (hasta 1855), y luego se dirigió a Orizaba, donde se casó con una francesa y estableció su hogar. Biart permaneció en México hasta 1865, año en que se vio obligado a abandonar el país, debido a sus temores a las posibles represalias de los liberales contra su persona.² Al parecer pasó el resto de su vida en Francia, donde murió en 1897. Durante su residencia en Orizaba, este inmigrante no perdió oportunidad de realizar excursiones zoológicas y arqueológicas por las regiones tropicales veracruzanas, al tiempo que publicaba libros y relatos sobre la vida en México, algunos de ellos en la prestigiosa *Revue des Deux-Mondes*.

La producción escrita de Biart sobre México es variada: abarca tanto volúmenes de poesía como de novela y relatos costumbristas. De

¹ Los tomo del anexo biográfico incorporado a la edición de Jus del libro de Biart, *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, México, 1959, p. 271-275. Las fuentes de este anexo son la *Revue Encyclopédique Larousse* de 1897 (tomo 7) y el prefacio a la propia obra de Biart, *Entre dos océanos*, editada en 1927.

² Como veremos, Biart simpatizó con la empresa de intervención monárquica en México.

importancia para el presente estudio es el hecho de que sus dos libros más conocidos, las *Escenas de la vida mexicana*, publicados en dos volúmenes (*La tierra templada* y *La tierra caliente*, editados originalmente en 1862 y 1866), pretenden retratar fielmente la situación mexicana y no ser simples ficciones inspiradas en lo real. Así, sin que su talento literario³ deje de aportar a una mejor relación de los hechos, como es obvio por el retoque estético de algunos personajes y situaciones, este autor se propuso pintar a México “tal como se hallaba al sobrevenir los últimos acontecimientos [de la intervención francesa]”.⁴ Debemos asumir, pues, que las aventuras y personajes situados en las regiones señaladas existieron tal como nos son presentados en sus volúmenes. La escenificación como medio idóneo para representar tipos y situaciones sociales nos es familiar desde el escrito de Sartorius analizado en el capítulo II.

Como el lector puede percatarse por los títulos de las dos obras examinadas, para Biart existen dos medios geográficos fundamentales y, junto con éstos, dos tipos básicos de sociedad en México: la tierra caliente y la tierra templada. Las conductas y los principios de sociabilidad no son siempre los mismos en uno y otro ámbitos, de ahí que ameriten presentación aparte para poder reconocer los aportes de la observación social de este autor. Sobra decir que en Biart predomina el abordaje analítico sobre el sintético.

La gran atracción para conocer y viajar por la tierra caliente, según confesión del propio Biart, fue la de experimentar la vida en aislamiento que ofrecen las vastas soledades del Nuevo Mundo, lejos de las mezquinas pasiones humanas.⁵ Las zonas recorridas por este científico y literato en tierra caliente son, fundamentalmente, las de Veracruz, Campeche, Tabasco y Oaxaca.⁶ Nostálgico del retiro y de la soledad, Biart nos habla de las honduras de sentimiento que el hombre descubre cuando se ve enfrentado no sólo a un insólito aislamiento sino a los

³ Comparable al de Prosper Mérimée, en opinión de algunos.

⁴ Biart, *La tierra templada*, p. 5.

⁵ El lector notará aquí la influencia del exotismo sentimental de tema americano, de raíces rousseauianas, que Chateaubriand y otros escritores románticos franceses llevaron a su clímax. El estudio clásico sobre el surgimiento de esta corriente es el de Gilbert Chinard, *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII^e et au XVIII^e siècle*, Paris, Hachette, 1913. También puede consultarse, de Silvio Zavala, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional, 1949, junto con la bibliografía ofrecida por Gerbi sobre el tema de Chateaubriand en América (*La disputa del nuevo mundo*, p. 442).

⁶ *La tierra caliente* narra precisamente un recorrido de Alvarado hacia el sureste, con término en Tuxtepec.

terrores de la jungla y de las catástrofes naturales.⁷ Éste es el gran motivo literario que mueve al autor en su viaje por la tierra caliente de México. Sin embargo, lo más interesante de su relato, para los fines presentes, es su observación de los “hombres del desierto”, como llama a los pobladores de estas regiones cálidas y profundas, por lo que paso a tratar de la descripción de los mismos y aplazo el comentario sobre sus vivencias en ese medio.

La figura más representativa de la tierra caliente, según Biart, es el jarocho, a quien Sartorius había caracterizado ya como el rancharo mestizo de la zona veracruzana. En el caso del francés, el término se ensancha para incluir a todo habitante no indígena de la tierra caliente (incluidos los pescadores de Alvarado), por lo que su designación tiene un significado más amplio. De cualquier manera, al lector de Biart le queda siempre claro que la población de estas comarcas también incluye a indígenas, quienes forman, junto con los jarochos, el sector mayoritario. Los criollos son poco numerosos ahí. Aunque todos estos tipos son a fin de cuentas “hombres del desierto”, el ejemplo más acabado es el jarocho, a juzgar por este pasaje:

El aislamiento de los jarochos hace de ellos un pueblo aparte, con sus hábitos propios, sus leyes, sus costumbres; miran a sus compatriotas de otras partes de la república como extranjeros que no merecen sino desprecio. Sin embargo, a pesar de su primitiva rudeza son moralmente superiores a los mestizos medio civilizados de las ciudades, y el turista nunca tiene por qué quejarse de ellos.⁸

La superioridad moral del rancharo jarocho también tiene que ver con el hecho de que no se deja llevar por el materialismo ni el amor propio que prevalecen entre los demás habitantes de México, como se verá más adelante.

Conforme describe los personajes y su mentalidad, Biart nos deja ver las peculiaridades esenciales de la vida en el “desierto”. Lo que realmente resalta del transcurrir humano en estas tierras es la sencillez de los impulsos vitales, principalmente los eróticos. A este respecto, el francés transmite una percepción semejante a la de Sartorius. *La tierra caliente* contiene historias de amor cuyo desenlace suele ser sangriento y trágico, y esto porque esa vida de aislamiento parece conllevar un

⁷ Como incendios e inundaciones, que le toca en suerte padecer durante su recorrido.

⁸ *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, México, Editorial Jus, 1962, p. 16. La traducción de este volumen corrió por cuenta de María Cervantes de Gorozpe.

potenciamiento insólito de las pasiones. La vieja tesis ilustrada sobre la frialdad anímica y sentimental de los americanos vuelve así a ser refutada.⁹ En la tierra caliente amar es desear y poseer desdeñar, se nos asegura en otro pasaje de *La tierra caliente*, y la obsesión erótica del jarocho se manifiesta ante todo en la pronunciada obscenidad de su habla cotidiana. Los tenderos más populares son precisamente los de lengua más irreverente. Sobre esta inclinación a las malas palabras, vale la pena leer lo siguiente:

Este cinismo en las palabras es el vicio que más resalta en Tierra Caliente, en donde el bazar más acreditado es aquel en que el dueño es más obscenamente chistoso. A cada instante se entablan entre el marchante y sus compradores de uno y otro sexo, diálogos que harían enrojecer a nuestras verduleras. Aunque las familias de la clase alta se distinguen por la regularidad de sus costumbres, la crudeza del lenguaje alvaradeño penetra hasta su interior, y con penosa sorpresa, se oyen inmundas frases salir de la boca de una señora o señorita que debería ser bien educada. Como en todas partes la humanidad lleva una máscara, lo mismo en el desierto que en los países civilizados, esta libertad de expresión pasa por franqueza.¹⁰

Pero, como ya decía, en la tierra caliente no sólo es el lenguaje sino la misma existencia del hombre la que lleva como sello básico la crudeza y la violencia. Bien explicado queda esto en su relato sobre la competencia de dos hombres por una mujer:

Los dos codiciaban a la misma mujer. Juan platicaba y reía con la seductora joven; mientras que el novio no sabía demostrar su pasión sino devorándola con los ojos. Estos hombres del desierto ignoran lo que es el sentimentalismo; manifiestan ingenuamente y con crudeza sus deseos, a menos que alguien más fuerte los obligue a disimular.¹¹

La vida en tierra caliente significa, pues, una especie de retorno a los estados primitivos de humanidad, cuando ésta se guiaba por la fuerza bruta en casi todos los aspectos. También se manifiesta tal regresión en la desnudez cotidiana de una parte de la población, sobre todo la indígena, situación que termina por resultar de lo más natural a los forasteros: “Se acostumbra uno a estas maneras primitivas. Parece que

⁹ En novelas como Benito Vásquez. *Étude de mœurs mexicaines* (Paris, J. Hetzel. Librairie-éditeur [s.a.]) Biart presenta también personajes de pasiones exaltadísimas.

¹⁰ Biart, *La tierra caliente*, p. 134.

¹¹ *Ibid.*, p. 60.

el pudor no tiene por qué alarmarse con esta general desnudez, pues bien pronto se habitúa uno a ver el ir y venir de las más bellas muchachas, sin el menor pensamiento del que pudiera uno avergonzarse.”¹² Resulta así que el retorno al origen es como un retorno a la inocencia.

Los ejemplos anteriores dan al lector una idea de las “maneras primitivas” de la tierra caliente que tanta atención reciben de Biart. El síntoma más revelador del horizonte de vida de estas zonas es la frecuencia con que en ellas se cometen asesinatos,¹³ acciones que en la tierra templada, a juzgar por la descripción correspondiente, se explican más directamente por la situación política y el bajo perfil moral infundido por el clero. Los hombres más proclives al asesinato en la tierra caliente son los indios, cuya lentitud en encolerizarse se compensa por reacciones tan terribles como ésa. Sobre la generalidad de estos homicidios nos dice el autor que “no es la codicia la causa principal de ellos; casi siempre se encuentra una cuestión de amor propio mal entendido”.¹⁴

La idea de Biart sobre los indios de tierra caliente no es halagüeña, y, a estas alturas, tras conocer las expresiones de los autores previos, el lector no debe extrañarse de tal actitud. En primer lugar, la relación de Biart con los indios se dificulta mucho por el hecho de que éstos, con excepción de los residentes en las partes accesibles de Campeche y Tabasco, no suelen dominar el castellano. De acuerdo con el habla común, los linderos de esas regiones marcan precisamente el fin del territorio habitado por la gente de razón. Biart confirma lo dicho por otros en el sentido de que el indio odia al mestizo y siente un desprecio íntimo por el blanco. Asimismo, como Sartorius, menciona la triste vida de las indígenas, encargadas de tareas tan duras como la de levantarse siempre en la noche a preparar las tortillas. Ante tal situación, entiendo el gusto con que estas pobres mujeres se casan con forasteros. Precisamente a este yugo cotidiano de labores domésticas atribuye Biart la pronta decadencia física de las indias, tan recalcada por los descriptores de América desde los siglos anteriores;¹⁵ unidas en matrimonio con extranjeros, estas mujeres conservan en cambio más tiempo su belleza, además de que destacan por su dulzura y fidelidad.

Dado que se toca el punto de la relación entre los sexos, cabe decir que, según Biart, la promiscuidad sexual es de lo más común entre los indios de México:

¹² *Ibid.*, p. 201.

¹³ *Ibid.*, p. 101. Biart señala lo frecuente de que un individuo “deba” una o más vidas.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Éste era otro de los lugares comunes de la corriente denigratoria de Buffon y De Pauw.

A los doce o catorce años [el indio] se casa con alguna muchacha un poco más joven que él, y la vuelve madre antes de la edad de la razón. Nunca abandona a la compañera que escoge, pero no es para él más que una cosa; no cree hacerle injuria cambiándola por la mujer de su vecino. Ya se imagina uno cuáles pueden ser las costumbres de un pueblo que sólo se rige por sus instintos. Ninguno de los dos esposos presume de fidelidad; el adulterio comprobado rara vez es una causa de disgusto.¹⁶

El indígena no tiene reparo en confesar al cura este tipo de prácticas. El matrimonio entre indios implica además que el varón se traslada a vivir a casa de su futuro suegro antes de la boda, preámbulo que llega a durar hasta tres años.

Ahora bien, el indio es claramente materialista y esto se manifiesta en conductas como la de atribuir la responsabilidad de lo que le sucede al santo predilecto o ir al matrimonio bajo el aliciente de los regalos. Como Mühlentfordt, Biart estima que el indio es férreamente reservado, dotado de una introversión que toca extremos insólitos. Sin embargo, en coincidencia con Sartorius, este francés reconoce que hay ciertas ocasiones, además de las borracheras, en que el indio rompe la coraza y se muestra alegre, de lo que toma particular conciencia al contemplar a un grupo indígena chapoteando en un río: “Los nadadores se perseguían, buceaban, se arrojaban agua a la cara, con una alegría que es raro encontrar en un indio cuando no está ebrio; ni un gesto, ni una palabra que pudiera ofender la vista o el oído.”¹⁷

Otra apreciación amable de Biart para con los indios aparece al transcribir su conversación con un cura muy experimentado en el trato con ellos. El sacerdote reconoce expresamente la sagacidad y el sentido común de los indios, al tiempo que ilustra a Biart sobre la inconmovible seriedad con que éstos toman las cuestiones religiosas. Pero estos rasgos favorables del carácter indígena, advierte el padre, no resultan de tanto alcance como parecería, dada la incesante repetición de costumbres y valores en que viven. También asegura el cura que el apego indígena a la cultura recibida excluye toda conciencia histórica verdadera, por paradójico que esto parezca:

el indio no tiene idea del tiempo; para él, el pasado fue ayer; el futuro es mañana. La historia más antigua que conoce es la de su padre o la de su abuelo; las ruinas y las tumbas, cree de buena fe que ellos las

¹⁶ Biart, *La tierra caliente*, p. 204.

¹⁷ *Ibid.*, p. 327-328.

construyeron; de aquí el culto y la veneración que tiene por ellas. Si dudáis de ello, interrogad a estos niños grandes.¹⁸

Desde luego, en tal contexto es muy difícil que el obispo respectivo, con sede en Puebla, pueda ejercer una autoridad verdadera. La mayoría de los curas mexicanos huyen del “desierto”, advierte Biart, y un caso como el del sacerdote mencionado, con cuarenta años de antigüedad en la misión, resulta insólito.

Pasemos ahora a la descripción que hace Biart de la población no indígena de la tierra caliente. Este autor establece una división de clases en la misma, cuyo criterio es étnico y económico: cosecheros y rancheros.¹⁹ El cosechero, individuo de origen criollo o español, es el agente que facilita el dinero para poder efectuar las siembras de tabaco, algodón, etcétera. Por ranchero entiende el mestizo dotado de una propiedad bien localizada para el cultivo en cuestión, que en este caso es algodón. Aunque el primero representa a la clase alta, ésta de ninguna manera es equiparable a la aristocracia o a la burguesía europea, aclara Biart. Tal aclaración me parece de primera importancia, pese a que el autor no se expone sobre el punto. Fácil es deducir sus razones, como mostraré a continuación.

Para Biart es importante tener en cuenta que la relación laboral entre cosechero y ranchero está normada por un llano interés material común a ambas partes, de suerte que el ranchero se reserva el derecho de buscar otro aviador o “banquero” en caso de que las provisiones dinerarias no se hagan al momento acordado. Así, querer ver una dependencia del ranchero respecto del cosechero como la que existe entre el proletario de Europa frente al empresario capitalista sería absurdo: el ranchero es un propietario, beneficiado además en forma muy considerable por la diversidad de aviadores que compiten en prestarle apoyo económico. Independientemente de lo anterior, Biart había señalado en otro pasaje del libro que la población de la tierra caliente tiende a disminuir día con día, y una situación como ésta sólo puede acarrear sensibles ventajas a quien represente la mano de obra en las negociaciones. Tómese en cuenta asimismo que los riesgos de la empresa agrícola recaen en el cosechero, cuya única compensación por la apuesta —apunta Biart— es pagar el producto a precios muy bajos. Finalmente, no ignoraremos las afirmaciones de este autor sobre la dudosa integridad del

¹⁸ *Ibid.*, p. 218. Biart es el único autor de los aquí presentados que incorpora el peculiar sentido del tiempo indígena a sus peculiaridades culturales y de carácter.

¹⁹ Lo relativo a cosecheros y rancheros, en *La tierra caliente*, p. 134-136.

ranchero. Este último suele violar el contrato y dar salida al algodón por otros cauces diferentes de los convenidos, sin que la autoridad cuente con recursos que lo obliguen a cumplir su palabra. Como el lector se percata, Biart tiene razón al sostener que este cuadro social es muy peculiar: los vínculos laborales no son feudales ni capitalistas al estilo de los de Europa.

Los cosecheros constituyen la única clase de la tierra caliente sobre la que el clero ejerce una influencia auténtica. Sólo en las bodas evitan estos jarochos el empleo de su vocabulario habitual. La preparación y la celebración del matrimonio revelan con claridad el sentido del orgullo y del honor que sigue moviendo a los pobladores blancos de estas zonas en su sociabilidad. La costumbre dicta que se pida al cura que funja como intermediario y solicite la mano de la novia, con lo que se intenta evitar un posible desaire directo. Si éste de cualquier manera se produce, las familias quedan enemistadas aunque no en hostilidad abierta. El carácter solemne y honorable del suceso se manifiesta en la forma como se realiza el festejo, por lo menos mientras la novia no se une con el novio:

Jóvenes y viejas son objeto de delicadas atenciones; cierta seriedad parece reinar. A su vez, los hombres se sientan a la mesa, y circulan los vinos de España; sin embargo, la embriaguez es rara entre los convidados, cuya bebida principal es el agua. Por la tarde, los invitados llevan a la novia a la casa del novio, y vuelven luego para bailar y jugar hasta la madrugada, en la casa de los padres de la recién casada.²⁰

Si recordamos el carácter que entre los indios adquiriría la unión matrimonial, el contraste con los cosecheros es mayúsculo.

Interesante es notar que Biart concede un alto grado civilizatorio a la vida conyugal de los criollos en México, al grado de compararla ventajosamente con la europea. Un pasaje de su novela *Antonia Bearez* resulta muy revelador al respecto:

Por mucho que cueste a mi amor propio reconocerlo, debo decir que las costumbres, que en Europa representan causa frecuente de tropiezo para las mujeres, son en México lo que deberían ser en todas partes, esto es, barreras sólidas contra los incidentes que podrían llegar a conocimiento de los maridos; me refiero a incidentes que afectan la relación conyugal.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 149.

²¹ Lucien Biart, *Antonia Bearez*, Paris, E. Plon, 1889, p. 16 (traducción mía).

Las esposas, continúa, se vuelven así seres sagrados que los jóvenes pueden admirar platónicamente y nada más. Esta observación contrasta con lo que los dos autores alemanes reseñados nos decían sobre el hábito de la infidelidad conyugal en México. Sin embargo, hay coincidencia con Sartorius en que la vida en provincia —a la que Biart se refiere aquí— es más sana y honorable.

La población blanca de la tierra caliente destaca en suma por llevar una vida más pacífica y regular que la morena. Del relato de Biart se deduce también que los blancos no viven tan inmersos en la violencia como los mestizos y los indios. De hecho, en la tierra caliente no se suelen emplear las armas de fuego, ya que los rancheros y vaqueros las miran con temor. La violencia cotidiana es ahí de machete y cuchillo, con una dimensión todavía humana en cuanto que sólo resulta de las exigencias desmedidas del amor propio y de la pasión erótica. Biart percibe con tino el talante narcisista que alimenta el machismo mexicano. También registra muy bien la actitud pasiva de la población mayoritaria ante las arbitrariedades del poder político, que desde la consecución de la independencia no ha dejado de estar en manos de “un puñado de ambiciosos vulgares”. De los autores estudiados en este volumen, este francés es definitivamente el más sensible a la realidad de la violencia cotidiana en México, y esto tanto en sus resortes psicológicos como sociales.

La tierra templada también aparece en Biart como un escenario de violencia constante, si bien en este caso se trata de manifestaciones más arbitrarias y complejas que las de la tierra caliente.²² Las levas y los tratos crueles del ejército con la población civil se muestran ahí al desnudo, y no es de olvidar que este francés redacta sus libros en una época de conflicto político agudo, cuando los reclutamientos forzosos y las venganzas por traición están a la orden del día.²³ Ladrón y guerrillero han terminado por significar exactamente lo mismo en estos parajes. Otra diferencia importante con lo visto en la tierra caliente consiste en la influencia cotidiana del clero, que en estas partes es mucho más visible que en las de aquélla.

²² Las regiones de tierra templada descritas por él son las de las zonas altas veracruzanas y poblanas.

²³ Niceto de Zamacois abundará en las consecuencias sociales de estas levas brutales, como se verá en capítulo vi.

Entre lo más notable de la sociabilidad en la tierra templada está el sentido jerárquico que impregna los hábitos y la apariencia.²⁴ Destaca, por ejemplo, el andar a caballo, que certifica la honorabilidad de la persona en cuestión. Andar a pie equivale a entrar a la categoría de *infrahombre*: se le tutea, se le priva de cualquier consideración y se le excluye de sentarse a la mesa con los señores. También es de gran importancia el vestido, que venturosamente permite a los extranjeros mimetizarse hasta un cierto punto y pasar desapercibidos en su condición de forasteros. Que el pueblo de una ciudad tan xenófoba como Puebla se haya vuelto desde fechas recientes un poco más tolerante con los extranjeros se explica, según Biart, por la vestimenta europea que se ha ido generalizando ahí. A diferencia del medio rural de la tierra caliente, donde los impulsos y motivos vitales se manifestaban tan primariamente, en la tierra templada hay más oportunidad para la simulación, si no es que para la franca hipocresía, actitud inevitable en todo grupo humano. Biart expresaba ya esa certeza rousseauiana en un pasaje citado: uno de los rasgos esenciales de lo que solemos llamar sociedad consiste en el enmascaramiento.

Por lo que toca a la estructura social prevaleciente en la tierra templada, definitivamente es más compleja y diferenciada que en la caliente. El espectáculo de una ciudad como Puebla permite a Biart distinguir las tres clases sociales básicas de todo el país, como lo explica en el párrafo siguiente:

El ojo menos avezado habría distinguido, entre los transeúntes, las tres clases en que tan marcadamente se divide la nación mexicana: las *gentes decentes*, vestidas a la francesa, bastón en mano, calzados y enguantados como lechuguinos parisienses; los artesanos, de chaqueta, sombreros de anchas alas y envueltos en mantas de abigarrado aspecto, y, finalmente, los indios y los mestizos, en calzones, sin camisa ni zapatos, envueltos en jirones de tela horriblemente sucios.²⁵

Según Biart, el principio de diferenciación social del vestido tiene tal fuerza entre los mexicanos de la tierra templada, sobre todo en las ciudades, que más fácil sería inducir a un lépero a cometer un crimen que a vestirse de criollo. Este dato sobre la importancia del vestido como

²⁴ A continuación presento un resumen de todo el volumen de *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, México, Jus, 1959, salvo en citas específicas. La traducción es de Pedro Vázquez Colmero.

²⁵ *Ibid.*, p. 236.

reflejo del *status* social no debe pasar inadvertido como principio fundamental de sociabilidad decimonónica.

Veamos ahora lo que Biart dice de las clases de la tierra templada, precisadas por él con criterio de estricto rango social. En cuanto a la clase de la gente *decente*, que no es más que la de los criollos, la considera arrogante y holgazana y se felicita de verla próxima a perder su dominio sobre el país por causa de la intervención francesa.²⁶ Se trata de la clase que ha puesto y depuesto impunemente a los presidentes de México durante el periodo independiente. Si Sartorius veía en ellos una encarnación un tanto ridícula de la vanidad como principio social, Biart los juzga de manera aún más severa: un sector social maligno que obstaculiza decisivamente el mejoramiento general. La detestable arrogancia de los criollos los lleva a negar males nacionales tan obvios como el de la ignorancia de las masas, al grado de considerar una ofensa el que se les recuerde esa realidad:

Las cien mil “familias decentes” —es el nombre consagrado— que hasta hace poco se creían y se hallaban realmente encima de las leyes, no forman la nación; México tiene siete millones de habitantes y no hay injusticia ni malevolencia en deplorar las tinieblas en que viven seis millones setecientos mil individuos a los que los criollos se jactan de no parecerse y cuyo nombre consideran como una injuria.²⁷

Sobre los artesanos Biart casi no ofrece comentario, salvo su habitual lentitud en el trabajo y la exigencia del pago adelantado, costumbre que ya Sartorius apuntaba como muy común en el sector de mano de obra en México.

Los indios y mestizos de la tierra templada no le merecen a Biart una mejor opinión que las otras clases. Los indios son un pueblo de ilotas embrutecidos por el alcohol y las secuelas del dominio español. En cuanto a los mestizos, éstos están representados fundamentalmente por los léperos y encarnan en forma muy visible las tendencias violentas de la población urbana de México.

Ahora bien, si este francés nostálgico de la vida simple y sincera residente los formalismos y los prejuicios de clase de las ciudades mexica-

²⁶ Afirmación que, obviamente, incorporó tardíamente al cuerpo principal del texto de *La tierra templada*, redactado entre 1846 y 1855. Interesante es su idea de que la intervención francesa implicaría destronar a la clase criolla, pues la mayoría de los contemporáneos la entendieron en sentido opuesto: reafianzar a la oligarquía tradicional como aliada del monarca.

²⁷ *Ibid.*, p. 41.

nas, como el del uso exclusivo del caballo y de la vestimenta fina,²⁸ también está dispuesto a reconocer lo apreciable de algunos valores observados en su país de adopción. Veámos ya su buena impresión de las costumbres conyugales en México. En su relato de estancia en Puebla, capítulo final del volumen sobre la tierra templada, Biart resalta, como Fossey, el límite que los mexicanos ponen a la valoración puramente económica de la existencia. Léase, por ejemplo, el comentario que formula en el diálogo con un mexicano que le recuerda el ostracismo social aplicado en Francia a quienes caen en la pobreza:

desde hace mucho tiempo admiro lo poco que la pobreza ajena horripila a sus compatriotas [los mexicanos]. En Europa se reniega a menudo del hermano cuya fortuna o cuya posición no es brillante. El infeliz que se arruina, o a quien se arruina, pierde, con las comodidades, los amigos de la víspera. Ustedes, por el contrario, rara vez cierran la bolsa, nunca la puerta, al abatido por la suerte. Aquí el hombre de bien que cae en la miseria no pierde nada en su consideración.²⁹

Importante es señalar que los mismos mexicanos están tomando conciencia de su propio perfil en este renglón, situación que Biart transmite con claridad. Durante una reunión con poblanos descrita en su libro, este autor se delata a sí mismo como marcado por el clasismo que le han infundido sus vivencias europeas. Al ser enterado de que el novio de una muchacha asistente a la reunión es el hijo del gobernador, el francés expresa su sorpresa por el hecho de que una joven de posición desahogada vaya a casarse con un joven aparentemente muy rico. El comentario se lo dicta la costumbre francesa de la dote, que implica matrimonios de jóvenes ricas con varones de nivel económico inferior. La mexicana con quien conversa en la reunión le replica de inmediato: “¿Es verdad entonces? —exclamó, no apoyando ya sino la mano en mi brazo. ¡En su patria una mujer no puede amar a un hombre sino con la condición de ser más rica que él!”³⁰

Biart se ve entonces obligado a responder que esto sólo vale para ciertas clases sociales, sin poder negar lo anticaballeresco de la costumbre. El testimonio aducido apuntala la idea de una definición conscien-

²⁸ Igualmente le disgusta la cortesía llevada al extremo, como es el caso de los mexicanos que ponen sus objetos a disposición del extranjero y se los envían cuando éste ha manifestado elogios de los mismos. Rivero, *México en 1842*, p. 207, nos hace ver que también el uso del coche tiene un sentido de diferenciación social: mostrar que uno es rico y no se mezcla con léperos.

²⁹ Biart, *La tierra templada*, p. 249.

³⁰ *Ibid.*, p. 256.

te de la sociedad mexicana frente a las demás por esos años, sin que por ello desarrollara sentimientos xenofóbicos o chovinistas, contrarios a la asimilación de usos extranjeros aceptables. El registro de esta conciencia de la propia peculiaridad social es posiblemente la principal aportación de Biart a la historia social mexicana del siglo XIX.

Si bien Biart ha separado en dos libros sus observaciones sobre las peculiaridades de la tierra caliente y las de la templada, debo decir que una lectura conjunta de estos volúmenes arroja información muy interesante sobre rasgos sociales de México en general, así como sobre la vinculación económica entre las dos grandes regiones presentadas. Con la relación de esta información cerraré este capítulo, último de los dedicados a los autores franceses.

Entre las afirmaciones de índole más general está la relativa a los hábitos relacionados con el dinero, de los que ya he mencionado algunos en los capítulos previos. Pues bien, a lo ya presentado puedo añadir ahora la costumbre de los indios comerciantes de morder las monedas, hacerlas sonar contra las piedras, frotarlas e incluso espiar el rostro de sus compradores en busca de sonrisas o gestos de impaciencia.³¹ Cuando esto último sucede, así como cuando de las operaciones mencionadas resulta que la moneda es sospechosa, los indios se niegan a vender el producto solicitado. Muy común es tener que entregarles tres monedas antes de que se sientan satisfechos y accedan a la transacción solicitada. En consecuencia, muchas son las monedas circulantes en México que aparecen mordisqueadas o torcidas. Estas actitudes se explican, desde luego, por la continua falsificación de moneda en el país, costumbre que, como sabemos, no respetaba fronteras regionales ni de clase.³² También son un tanto exóticas las maneras de transportar las monedas: el indio suele llevarlas en un cinturón, el mestizo en la boca o las orejas.

Otro aspecto económico interesante de la tierra caliente son los intercambios por trueque. Esta forma de cambio todavía prevalece en las transacciones comerciales efectuadas entre la población de la tierra caliente y la de la templada. Por lo general se trata de la venta de animales criados en la tierra caliente a cambio de sarapes, rebozos, cachirulos y

³¹ Véase Biart, *La tierra caliente*, p. 146 y 252.

³² Ya Mühlenpfordt mencionaba (*Ensayo*, I, p. 353) la existencia de monedas de cobre recubiertas de plata, cuyo auge fue notable durante la guerra de independencia. En el capítulo dedicado a Zamacois retomaremos el punto, tan importante desde el punto de vista de la historia social y económica.

demás artículos fabricados en la tierra templada. En esta última zona registra Biart la práctica de los enterramientos de dinero, algo que ya se ha mencionado con anterioridad.

Como el lector puede ver, las costumbres y los comportamientos de los mexicanos representan un motivo constante de fascinación y reflexión para Biart, quien a menudo deja plasmada su impresión mediante alguna máxima de alcances generales. La reseña anterior ha permitido entrever la inocultable preferencia de este inmigrante por la vida en las zonas cálidas, escenario de las expresiones más sencillas, pero también más profundas de la realidad humana. De manera muy natural surge la pregunta: ¿cuál es la gran enseñanza obtenida por Biart de sus vivencias mexicanas? El siguiente pasaje, tomado de su volumen sobre la tierra caliente, brinda elementos para responder:

Al despertar de la naturaleza, no sé qué ansias de gritar se apoderan de uno; una fuerza desconocida os incita a mezclar vuestra voz con las del universo. Una indecible emoción embarga el alma y busca uno los acentos de una instintiva elocuencia para repetir alguna de las palabras de este lenguaje universal, que siendo tan armonioso, se esfuerza uno en vano en comprender, y que, sin embargo, debe tener un sentido. Es una chiquillada, de acuerdo, pero desafío al hombre más serio a no ceder a ella. El doctor, bretón de nacimiento, patriota siempre dispuesto a preferir su tierra de granito a este espléndido país, confesaba sin embargo la extraña sensación del desierto, y más de una vez lo sorprendí con los ojos llenos de lágrimas con cierta tristeza de la que no quisiera uno ser consolado.³³

Lo más sobrecogedor del “desierto” de México consiste, pues, en ese lenguaje universal que impele al silencio y al recogimiento. Pero al tratar de lo social, como vimos, es la violencia lo que para este autor constituye un lenguaje perpetuo, carente también de significado preciso. La sensibilidad de Biart a la violencia me parece íntimamente ligada a su sentido de catástrofe, pues si algo dejan en claro sus relatos y novelas es que no existe transcurrir humano —personal o social— exento de destrucción y tragedia. De esta manera, la gran conclusión que me deja la obra de Biart es que si los “hombres del desierto” se muestran siempre dispuestos a afrontar las catástrofes naturales y morales, los “hombres de la civilización” deberíamos admitir la fragilidad de nuestra normalidad y el hecho de que la vida social también tiene sus propias catástrofes.

³³ Biart, *La tierra caliente*, p. 185-186. El doctor mencionado es su acompañante de viaje hacia el sureste.